Santa Teresa y la tradición epistolar

Pilar Concejo

El Renacimiento trajo consigo un gran desarrollo del género epistolar. La carta fue el medio más flexible y sencillo para afianzar el fuerte deseo de individualidad. Se buscan pretextos para escribir cartas y perpetuar por escrito la historia personal. La carta fue una manera de autobiografiarse y de darse a conocer como hombre culto y moderno. Escribir bien constituye un título acreedor de clase. Por eso, quienes aspiran a introducirse en el cuadro social de la España del siglo XVI, se esfuerzan en exhibir un dominio expresivo y del «savoir faire» [1].

El epistolario teresiano surge en este contexto renacentista. Su valor es testimonial; testimonio de una vida —la de Teresa de Jesús— y de una época, la España del siglo XVI. A través de sus cartas emerge siempre el «yo» de Teresa y la historia de su experiencia personal, y el «yo colectivo» con las inquietudes de su medio social. El escribir cartas fue parte esencial de su labor apostólica y lo hace con nobleza, cortesía y dignidad. A ello dedica gran parte de su tiempo y de sus fuerzas. El deseo y la necesidad de comunicarse y de estar cercana, explica que «el carteo» sea desde el principio algo esencial en la fisonomía teresiana. A veces, el escribir cartas agota a la Madre Teresa. «El trabajo de este invierno de cartas ha venido a enflaquecer la cabeza de suerte que he estado bien mala» (228 : 635) [2]. En estos momentos de agotamiento físico tiene que servirse de un amanuense, «si no es cosa secreta». El escribir cartas fue para Teresa el medio de sentirse vivir y desvivir. Hay cartas que la alegran, pero la mayoría le cansan y dan «mohina». Pero todo lo humano le interesa y no hay detalle por insignificante que parezca que no tenga eco en su correspondencia, de ahí que el contenido de las cartas sea variado y riquísimo. Por sus cartas desfilan personajes destacados de la época: religiosos y laicos; nobles y burgueses; amigos y enemigos de la Reforma carmelitana. Abundan las referencias a las rivalidades entre las órdenes religiosas, a los recelos, intrigas y oposición de los calzados. Encarnada en la sociedad de su tiempo y en su momento histórico, Teresa se hace eco de las rebeliones de los moriscos de Sevilla y escribe pidiendo le informen sobre los rumores que circulan por Castilla. «...Sepan lo cierto de esto y escríbanoslo la madre superiora» (249 : 716). Preve el problema de las inminentes guerras de religión en Francia (59 : 171); lamenta la muerte del rey de Portugal y pide a don Teutonio de Braganza que medie en el conflicto, porque se respira aire de guerra entre España y Portugal:

> Vuestra Señoría me mande hacer saber si hay allá alguna nueva de paz, que me tiene harto afligida lo que acá oigo... porque si este negocio se lleva por guerra, tema grandísimo mal en ese reino, y a éste no puede dejar de venir gran daño (65 : 192-193).

[1] ANTONIO DE GUEVARA en el prólogo de sus *Epístolas familiares* sale en defensa de su estilo y reputación «...viendo que unos me las hurtaban, otros las imprimían y otros por suyas las publicaban...»

[2] SANTA TERESA, *Cartas*, Burgos: Editorial Monte Carmelo, 1981. De ahora en adelante, todas las referencias se darán de esta edición indicando entre paréntesis el número de la carta, y a continuación de los dos puntos, la página.

Centro Virtual Cervantes

Las cartas teresianas tienen la impronta del castellanismo: llaneza, sinceridad y expresión de una recia voluntad. No olvidemos que la reforma de la descalcez nace en Castilla, «capital espiritual e intelectual de España en el siglo XVI» [3]. Esto explica sus alabanzas a Toledo, «porque el temple de esta tierra es admirable» (2 : 14), y a Palencia: «toda la gente es de la mejor masa y nobleza que yo he visto, y ansí cada día me alegro más de aver fundado allí» [4]. Su castellanismo explica también, en parte, que Andalucía no le caiga bien. «Esta gente de esta tierra no es para mí... porque es gente extraña y mentirosa» (4·5 : 126). A Gracián le escribe llanamente, «no piense hacerse ahora andaluz que no tiene condición para entre ellos...» «Dios lo remedie y me haga tanta merced que le vea yo libre de esa gente... tan apasionada.» Cuando solicita del General un visitador competente para los conventos descalzos, recomienda que «sea el que su señoría mandase, como no haya sido de los calzados ni sea andaluz». En otra ocasión escribe a Gracián: «Sepa que consolando a San Juan de la Cruz de la pena que tenía de verse en Andalucía (que no puede sufrir aquella gente), antes de ahora le dije que como Dios nos diese provincia procuraría se viniese por acá.»

Teresa de Jesús fue testigo del cambio de orientación política y económica que sufrió Castilla. De la apertura a influencias europeas y erasmistas, se pasó a una actitud cerrada y antirreformista. En medio de la gran oleada de alumbrismo, lucha por defender el derecho de la mujer a la oración de recogimiento. Funda conventos para compensar las iglesias destruidas por los «luteranos» y destierra de ellos la preocupación por el linaje, para contrarrestar la obsesión descriminatoria contra los conversos. La descalcez no aceptó los «estatutos de limpieza de sangre». En sus cartas denuncia los falsos formulismos sociales y la obsesión de la honra [5].

Las cartas nos revelan la dimensión humana y espiritual de Teresa al natural. Su yo es el eje axial y el centro en el que todo incide y del que todo irradia. Admira ver sus esfuerzos por salvar el diálogo y recuperar la confianza del superior mayor, J. Bautista Rubeo. Admira su capacidad de sufrimiento cuando Gracián es calumniado y perseguido «como malhechor a sombra de tejado» (122 : 338), y su fortaleza ante las acusaciones e incomprensiones del Nuncio Sega. La Reforma, con los sinsabores, malentendidos, persecuciones y calumnias que llevó consigo, es tema palpitante del epistolario teresiano que se conserva:

> Son tantas las cosas y las diligencias que ha habido para desacreditarnos, en especial al padre Gracián y a mí (que es donde dan los golpes)... que le espantaría a vuestra señoría si lo supiese, de cómo se puede inventar tanta malicia (63 : 185).

En una posdata recoge concisamente las tensiones y trabajos que supuso la Reforma. «Hartos años ha que no tuve tanto trabajo como después que andan estas reformas; que allá y acá siempre digo más de lo que querría y no todo lo que deseo» (74 : 220).

Sorprende la capacidad de adaptación de Teresa en pro de una mayor eficacia apostólica y el cómo su mente fue evolucionando con los años y la experiencia. No piensa ni reacciona lo mismo en 1562 que en 1582. Al principio funda monasterios sin renta, pero poco a poco, va dándose cuenta que estos no pueden ser refugio de menesterosos ni albergue de aristócratas. Llega al convencimiento de que «dejar de dar alguna dote no conviene». A la priora de Sevilla le advierte que no acepte a una portuguesa que ha solicitado ingreso en el carmelo porque «ha sabido, —le dice—

[3] PIERRE CHAUNU, *L'Espagne de Charles Quint, I.* París, 1973, p. 307.

[4] SANTA TERESA DE JESÚS, *Fundaciones,* Madrid: BAC, 29, 11, p. 613.

[5] BARTOLOMÉ BENNASAR afirma en su obra *L'homme espagnol. Attitudes et mentalités du XVIe au XIXe siècle* (París, 1975). «...si hubo una pasión capaz por sí sola de definir el comportamiento del pueblo español, es indudable que fue la del honor» (p. 167).

Centro Virtual Cervantes

que no le sacarán blancas, y no estamos en tiempo de tomar de balde» (230 : 645 y 210 : 582). En cambio, advierte en otra ocasión que «si las monjas son muy para nosotras, que no hemos de mirar tanto en la dote» (276 : 796). Al mismo tiempo, Teresa va viendo más claro el tipo de persona idónea que debe aceptarse en los monasterios reformados. Importa no admitir personas analfabetas, sino con talento y con habilidad para leer el oficio divino. «Yo le digo que hemos menester monjas de talento», escribe a la priora de Valladolid. Le han hablado de una candidata «muy lectora» y confidencialmente escribe a doña Luisa de la Cerda: «Más la quiero que traer monjas tontas, y si puedo hallar otra como ésta no traeré ninguna (otra)» (379 : 1003).

Las cartas revelan el gran sentido práctico de Terea y su preocupación por el detalle. «Procure vuestra paternidad que haya limpieza en camas y pañizuelos de mesa», le dice a Gracián: y a la priora de Sevilla que «la calor de ahí no sufre otra cosa sino sayas delgadas» (224 : 625). Cuando en 1574 va a ir de priora a su antiguo convento de la Encarnación, sensible a la pobreza del monasterio, escribe a María Bautista para que mire «si tiene por allá quién me preste algunos reales... porque no llevo blanca, y para ir a la Encarnación no se sufre» (267 : 766). Teresa, que vive con los pies en la tierra, pide limosnas en los momentos más difíciles y se preocupa por «los negros maravedíes». A su hermano Lorenzo le escribe desde Toledo pidiendo le envíe besugos o sardinas porque «es éste terrible lugar para no comer carne, que aún un huevo fresco jamás hay». A doña Catalina Hurtado, madre de dos religiosas, que le ha enviado membrillos y manteca, le escribe: «La manteca era muy linda (como de mano de vuestra merced que en todo me la hace), y ansí la recibiré en que cuando la tuviere que sea buena se acuerde de mí, que me hace provecho. También eran muy lindos los membrillos; no parece que tiene otro cuidado sino regalarme» (395 : 1033). La gratitud y la simpatía brotan con espontaneiad en el epistolario teresiano como dones connaturales a la Madre Teresa. Agradece los frutos que le envía la priora de Sevilla y que ha traído la flota de América, pero le advierte que el envío es muy costoso. «La suya recibí y con ella las patatas y el pipote y siete limones. Todo vino bueno. Mas cuesta tanto el traer que no hay para que me envíe vuestra reverencia más cosa ninguna, que es conciencia» (237 : 662).

El buen humor resplandece en medio de temas serios y situaciones delicadas. Son frecuentes expresiones como éstas: «en gracia me ha caído», «cayóme harto en gracia», «riéndome estoy», etc. En una ocasión escribe a la priora de Sevilla sobre sus esfuerzos por enseñar a sonreír a una novicia:

> Sólo tengo un trabajo (con ella), que no sé cómo ponerle la boca, porque la tiene frigidísima y se ríe muy fríamente, y siempre se anda riendo. Una vez la hago que la abra, otra que no se ría. Ella dice que no tiene la culpa, sino la boca, y dice verdad (224 : 624).

En los momentos más difíciles de la Reforma, cuando sabía que sus cartas podían ser interceptadas y caer fácilmente en manos de sus enemigos, recurre al uso de seudónimos y al lenguaje cifrado. Ella será Angela o Laurencia; Gracián, Eliseo o Pablo; las carmelitas descalzas, mariposas y las calzadas, cigarras; los carmelitas calzados serán lobos o gatos, y Jesucristo, el Vidriero. Todo ello revela el humorismo agridulce con que Teresa vivió los trances de la borrasca.

Conocedora de la naturaleza humana, Teresa de Jesús advierte a sus monjas contra la melancolía, las falsas ilusiones y el falso quietismo, alentándolas siempre a un sano equilibrio espiritual.

Llama la atención el interés que muestra por la salud de sus destinatarios. Aconseja cuidarla sin miramientos porque es don de Dios. «Deje de orar las horas que ha de dormir», le dice a Gracián. «Es gran bobería andar mirando perfecciones en cosa

Centro Virtual Cervantes

de su regalo, pues ve lo que va en su salud» (266 : 763). En una posdata le advierte que «no se descuide en lo que come por esos monasterios» (139 : 379), y a la priora de Sevilla que «mire mucho por sí, que más vale regalarse que estar mala» (205 : 568).

Con el mismo interés que pregunta por la salud de sus destinatarios da cuenta de su estado físico y de sus múltiples enfermedades. Le basta una frase breve, pero incisiva. «Yo estoy harto ruin de esta cabeza», «Ya estoy mejor», «Estoy razonable», «Buena estoy», «Yo estoy harto cansada», etc. Con la sinceridad que le es característica, confiesa que la enfermedad le afecta y enflaquece el corazón. «Ya que estoy mejor, no me darán tanta pena las cosas», escribe (154 : 413), pero desde la ladera de la fe reconoce que su frágil salud nunca es obstáculo porque «cuando el Señor quiere que haga algo, luego me da más salud» (267 : 765). Las cartas son indispensables para conocer la veta humana y la auténtica personalidad de Teresa de Jesús. Son también el espejo de su alma y de sus sentimientos: de su vitalidad (en pocas líneas informa, aconseja, pregunta y amonesta); de su pasión por la verda y la llaneza (evita en la expresión todo lo que pueda ser equívoco o confuso); de su libertad de espíritu (en el discurso del pensamiento introduce incisos, exclamaciones, elogios o digresiones imprevistas).

El estilo epistolar de las cartas teresianas es directo y conversacional, reflejo de su actitud dialogante y esa llaneza por la que nos confiesa «está tan perdida» (82 : 241). Pero hablar con claridad y llaneza no quiere decir despreocupadamente. La llaneza y la espontaneidad teresiana están reguladas por la prudencia. Por eso le advierte a Gracián que no lea en público las cartas que le escribe porque «va mucha diferencia de hablar consigo misma (que es esto vuestra paternidad), a otras personas, aunque sea mi misma hermana» (90 : 268). Teresa cuida lo que dice y cómo lo dice según la calidad social del destinatario. Víctor García de la Concha llega a hablar de una angustiosa búsqueda de la expresión frente a los que nos han ofrecido una imagen de Santa Teresa como escritora fácil y de fluencia espontánea [6]. Teresa, conocedora de la sensibilidad social de su tiempo, tiene muy en cuenta a quién va dirigida y la naturaleza de la carta; de ahí que en unas escriba con mesura y observando los requisitos de la más estricta etiqueta social, y en otras, lo espontáneo raye en coloquialismo. Teresa se da por entero en cada carta y se expresa tal como es, pero su lenguaje varía según la condición social del destinatario. Subraya el carácter popular apelando al «como dicen» pero la mayoría de las veces asume literariamente la expresión coloquial. Cuando los negocios de la Reforma van bien, a Gracián «le ayuda Dios y enseña a banderas desplegadas» (96 : 278); cuando comienza la persecución, «anda como malhechor a sombra de tejados» (122 : 338), y «lo que llueve sobre él es como de granizo» (272 : 785).

Las cartas son el retrato íntimo y más completo de Teresa: nos descubren múltiples facetas de su personalidad: mujer de gobierno, gran capacidad administrativa e interesada en asuntos terrenos, bien se trate de compra de solares, alquileres o pleitos familiares. «St. Theresa's correspondance mirrors unconciously a woman thoroughly spiritual, exceedingly practical, and possessed of the gift of understanding human nature uncommonly well» [7]. Más que narrar su vida, Teresa de Jesús la vive en cada carta, logrando unir la más alta experiencia mística con una gran habilidad práctica.

El lenguaje figurado es muy escaso en el epistolario teresiano, pero no falta el recurso a los símiles para describir la personalidad de los amigos más íntimos. La Prio-

[6] VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA, *El Arte Literario de Santa Teresa*, Barcelona: Ariel, 1978, pp. 158 y ss.
[7] SR. MARY HELEN BARDEN, «St. Theresa Mirrored in Her Letters», *Thought*, 7 (1932-33), p. 228.

BOLETÍN AEPE Nº 28. Pilar CONCEJO. Santa Teresa y la tradición epistolar
Centro Virtual Cervantes

ra de Sevilla es «una raposa», su hermano Lorenzo es «como un ángel», su amistad con Gracián, «como tratar con ángel, como lo es y ha sido siempre», San Juan de la Cruz es «una gran pieza» (63 : 186). Teresa de Jesús escribe desde la experiencia y apoyándose en ella, de ahí que el lenguaje de sus cartas sea, a decir de Azorín: «el más profundamente español que conozco: Castilla pura» [8].

Teresa descubrió como Pablo, San Agustín y sus contemporáneos, el valor inapreciable de la carta como medio de presencia, de comunicación y de convivencia. Como ellos, se crea y se recrea en sus cartas; busca y goza la presencia del amigo, ofreciéndonos lo más rico de su dimensión humana y las vibraciones de su corazón de mujer ante situaciones y personas concretas.

[8] AZORÍN, «Ventana a Santa Teresa», en *Revista de Espiritualidad*, abril, 1963, p. 407.

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes